PRIMERA PARTE [1-14]

¿Cómo se ha llegado a descubrir el nuevo arte de curar?
CONFERENCIA DE LUIS KUHNE

Señoras y señores:

Es cosa propia de la naturaleza humana que todo aquel que cree haber descubierto algo nuevo y original, sienta irresistible deseo de afirmar sus descubrimientos y comunicarlos a sus semejantes.

Puede haber en ello ambición y vanidad; mas, en el fondo este deseo se halla completamente justificado, siendo en extremo humano. Hay que proclamar la verdad, aun cuando se quiera huir de toda clase de fama y esplendor y aunque nos parezca el febril afán del mundo, vano y pesado. A esta ley de la naturaleza obedezco también al tratar de comunicaros los resultados a que he llegado después de un trabajo penoso de veinticinco años. Es verdad, sería más prudente no confiar mis secretos sino al mudo papel, apelando al juicio de la posteridad. Pero en esta cuestión, a que he consagrado mi vida, no se trata de un conocimiento puramente teórico, sino de un conocimiento de que. se derivan hechos prácticos y realizables.

Si quiero, pues, conservar mi método para mis contemporáneos y para la posteridad, y no deseo morir con la reputación de un "charlatán", estoy obligado a desarrollar, a demostrar por la enseñanza y por el testimonio de modelos vivos, las verdades descubiertas.
No puedo, es cierto, presentar enfermos en esta gran reunión, y tendré que contentarme con explicar, como mejor pueda, mis ideas, por medio de la palabra. Permitidme, pues, que os explique en pocas palabras cómo he llegado al descubrimiento de mi sistema.

Desde mi infancia tuve siempre gran afición a la naturaleza, de manera que no ha habido para mí regocijos mayores que el observar en los campos y en los bosques los fenómenos de que dependen el logro y el buen desarrollo de las plantas y de los animales, seguir atentamente la acción de la naturaleza sobre la tierra y en el cielo y reconocer y determinar sus leyes. Por otra parte, tenía yo siempre el deseo ardiente de llegar a saber lo que reputados sabios investigadores, como el profesor Rossmässler, habían descubierto; y todo esto, muchos antes de pensar siquiera en consagrarme especialmente a la ciencia de curar. Lo que me ha impulsado a esto con mano vigorosa, es sólo la necesidad, la maestra y educadora de los pueblos y de los individuos.

Cuando cumplí los veinte años, mi cuerpo se negaba a funcionar de modo conveniente, los pulmones y la cabeza comenzaban a producirme violentos dolores. Al principio acudí a la medicina escolástica, pero sin éxito alguno: cierto es que también tenía poca confianza en ella, porque mi madre que estuvo enfermiza y sufriendo durante muchos años nos aconsejó siempre que desconfiáramos de los "doctores", repitiéndonos continuamente que ellos eran

los únicos causantes de su miserable estado; también mi padre había sucumbido de un cáncer del estómago entre las manos de los médicos. Entonces fué cuando leí, en 1864, el anuncio de una reunión de los amigos del método natural de curar; mi atención se excitó vivamente, y cuando vi este anuncio por la segunda vez me dirigí directamente a dicha reunión: era un círculo de hombres honrados que se habían reunido en torno de nuestro inolvidable Meltzer. Pregunté modestamente a una de las personas presentes, qué debía hacer contra los dolores punzantes que a la sazón sentía en los pulmones; pregunté en voz baja, porque mi constante excitación nerviosa era tan grande que jamás hubiera podido hablar en voz alta delante de varias personas. Mi interpelado me prescribió una compresa que produjo en seguida un excelente efecto. Desde entonces concurrí, con regularidad, a estas reuniones. Algunos años después, en 1868, mi hermano cayó gravemente enfermo, sin que pudiera prestarle alivio el método naturalista, tal como entonces se hallaba. Por este tiempo oímos hablar de las excelentes curas de Teodoro Hahn. Mi hermano resolvió ir allí, y al cabo de algunas semanas regresó mucho mejor. Yo mismo reconocí también la excelencia de este método natural de curar y me apliqué entonces a él con una convicción plena y completa.

Entretanto mis sufrimientos no se habían detenido. Los gérmenes de enfermedad, transmitidos por mis padres, habían continuado desarrollándose, tanto más cuanto que el tratamiento médico había añadido nuevas causas a las antiguas afecciones. Mi estado empeoraba diariamente más y más hasta que por último se hizo insufrible: el cáncer hereditario había atacado al estómago, los pulmones estaban en parte destruidos, los nervios de la cabeza de tal manera debilitados que no hallaba reposo sino al aire libre, siéndome del todo imposible trabajar ni dormir con tranquilidad. Hoy puedo decirlo francamente: a pesar de mi semblante robusto y sano, era un pobre Lázaro hecho y derecho; y sin embargo, hacía con la mayor exactitud todo cuanto prescribía el método naturalista: baños (de agua y de sol), envolturas, lavativas, duchas, dietas, en una palabra, aplicaba todo, sin hallar otra cosa que el aligeramiento y el alivio pasajero de mis dolores. Entonces fué cuando descubrí por mis observaciones en medio de la naturaleza misma, las leyes sobre que descansa el método curativo que ejerzo y enseño; formé primeramente sobre estas leyes el procedimiento de la cura para mí mismo, y luego construí los utensilios más adecuados al efecto. El éxito coronó mi ensayo. Mi estado mejoró de día en día, y también otras personas que siguieron mis consejos y se sometieron al mismo tratamiento, fueron satisfechas. La excelencia de los aparatos se comprobó brillantemente. Los diagnósticos de las enfermedades existentes (que se sentían), los pronósticos de las enfermedades futuras, que aun no sentía el enfermo, pero que ya eran visibles en sus disposiciones, resultaban siempre acertados. Ya podía estar seguro yo de que mis descubrimientos no eran simples ilusiones. Sin embargo, cuando hablaba de esto, encontraba sorpresa incrédula, negativas llenas de indiferencia o repulsas desdeñosas; y esto no sólo por parte de los médicos o de los partidarios de la medicina, sino también, y muy especialmente, de parte de los amigos del método naturalista y aun de sus mejores representantes: puse a la disposición de estos últimos gratuitamente todos mis aparatos, para hacer que mis descubrimientos fueran útiles a la humanidad; pero sin dignarse hacer con

ellos un ensayo serio, los declararon inútiles, echándolos a un rincón donde podrían perderse cubriéndose de polvo y de telarañas.

Entonces me convencí de que no basta el haber hallado la teoría del origen y del curso de la enfermedad y de su curación, ni el haber construido los utensilios convenientes para el tratamiento de los enfermos; de que no basta el haber descubierto un diagnóstico y pronóstico que se fundan en la esencia misma del organismo, de que no era bastante el demostrar en mí mismo, en mis parientes, en mis amigos y en mis conocidos el éxito de mi nuevo método curativo; entonces me persuadí evidentemente de que era necesario dirigirme al gran público, dejando atrás por éxitos manifiestos en casos innumerables, la alopatía, la homeopatía y el método naturalista empleado hasta aquel momento, para convencer con ello, a chicos y grandes, de la exactitud indudable de mi procedimiento y de su conformidad con las leyes naturales.

Esta convicción me lanzó a rudo combate; puesto que, en efecto, para consagrarme al ejercicio del nuevo arte de curar sin medicamentos ni operaciones era preciso entregase a otros una fábrica dirigida con éxito durante 24 años, para poder dedicar todos mis esfuerzos a una nueva profesión, que desde luego no podía proporcionarme sino burlas, insultos y pérdidas seguras, sin procurarme la mejor ventaja material. La lucha entre la razón, que me detenía, y la conciencia, que me impulsaba a cumplir mi vocación íntima, permaneció por mucho tiempo indecisa.

Abrí, por fin, mi establecimiento el 10 de octubre de 1883. La idea había vencido; pero lo que había previsto acaeció luego y, en un grado superlativo. Mi establecimiento casi no fué visitado durante los primeros años, a pesar de algunos éxitos que habrían podido llamar la atención. Luego vinieron, poco a poco, algunos simples bañistas y en seguida más y más enfermos para curarse. Con el tiempo aumentó la frecuentación, sobre todo de fuera, y principalmente porque casi todos los que yo había tratado se tornaban en apóstoles proclamadores y agentes voluntarios. Mi método curativo y mi diagnóstico se había comprobado en muchos centenares de enfermos y a un gran número de personas pude preservar de peligros muy graves reconociendo en ellas de antemano futuras enfermedades. Precisamente a esto es a lo que concedo mayor valor; puesto que solamente así nos será posible el volver a crear una generación verdaderamente sana.

Mis descubrimientos se han confirmado en cada caso de enfermedad. Es natural que en los once años de práctica desde que se fundó el establecimiento se haya enriquecido mi experiencia considerablemente, y mi propia salud que estaba postrada casi sin esperanza alguna, se ha mejorado de tal suerte por la aplicación constante del nuevo procedimiento, que me siento actualmente por completo apto para soportar las fatigas de mi muy extensa práctica; pero esto sólo ha sido posible porque más adelante hallé, tras muchas reflexiones, un modo en alto grado perfeccionado de los baños de asiento, cuya eficacia es tal, que puedo con toda certeza declarar curable toda enfermedad, cualquiera que fuere su nombre. He dicho cualquier enfermedad y no cualquier enfermo; puesto que aquel cuyo organismo está ya por demás quebrantado, especialmente aquel que

se encuentra envenenado hasta las entrañas por el largo uso de medicamentos, bien hallará en mi método mitigación y alivio para sus dolores, pero no siempre será salvado y curado por completo.

Me presento ante vosotros, señoras y señores, con la alegre y franca convicción de que, después de haber luchado rigurosamente durante veinticinco años con la ruina física, me he salvado a mí mismo y he encontrado a la vez para el bien de la humanidad, el sendero largo tiempo buscado por las inteligencias más distinguidas, de remediar efectivamente las enfermedades. Estas palabras quizás revelan presunción y vanidad; sin embargo, la experiencia ha confirmado enteramente mi teoría en todos sus aspectos y en todos los casos, aun cuando no me haya sido dado salvar al enfermo.

Lo que me ha conducido a mis descubrimientos es el método experimental más riguroso, sostenido por las más concienzudas observaciones, por el juicio y por experimentos sistemáticos, Y si no obstante se me llama "charlatán", y se me niega la instrucción científica especial para el ejercicio de mi actual profesión, yo lo sufro con tranquilidad completa y con inalterable indiferencia. Los más grandes bienhechores de la humanidad y muy especialmente los grandes descubridores e inventores, han sido también todos, sin excepción alguna, charlatanes y pedantes, sin hablar del aldeano Priessnitz, del carretero Schroth, del teólogo y guardabosques Francke (Rausse) y del farmacéutico Hahn, que han creado por su esclarecida inteligencia y su firme voluntad una nueva y mejor ciencia de curar.

¿Qué relación hay entre la nueva ciencia de curar y el método tradicional de la alopatía, la homeopatía y el método naturalista empleado hasta la fecha?

Intento una crítica de estos métodos curativos solamente en lo que toca a sus defectos y lados débiles que presentan como todas las cosas humanas, y sólo quiero exponerlos bajo la verdadera luz que sea necesaria en bien de la humanidad y para la perfecta inteligencia de mis explicaciones. Cada uno es libre de aceptar y de hacer lo que mejor le parezca; pero es indispensable saber, para la inteligencia de lo que ofrezco, en qué respecto se halla ello conforme con los sistemas conocidos hasta la fecha y en qué se diferencia de ellos, a fin de determinar su originalidad, así como su valor absoluto o relativo.

El nuevo arte de curar sin medicamentos y sin operaciones no tiene de común con la alopatía más que una sola cosa: el cuerpo humano. En todo lo demás, sus fines y sus recursos se encuentran diametralmente opuestos. Hay más, considero que el envenenamiento de la humanidad por los medicamentos de uso interno, que muy especialmente en los últimos tiempos han ido propagándose más, es una de las causas, si no es la principal, de la verdad aterradora que hoy se encuentren tan pocos hombres verdaderamente sanos, y de que las enfermedades crónicas se multipliquen de una manera tan espantosa. Empleando convenientemente y en tiempo oportuno el nuevo arte de curar, la cirugía es superflua en absoluto.

Yo saludo a la homeopatía como valiente aliada contra la perniciosa creencia en los medicamentos. Gracias a sus pequeñas dosis de medicinas, en las cuales la química no puede ya descubrir substancias medicamentosas, y gracias al esmero con que elige la dieta conveniente, sirve la homeopatía de transición y de intermediaria al arte de curar sin medicamentos; le falta, sin embargo, un principio fijo y claro con relación a la dieta, y aun sus pequeñas dosis de medicamentos no son inofensivas enteramente, según lo que he podido observar.

El método naturalista de curar hasta la fecha empleado, que supera en mucho a los demás métodos, es la base del nuevo arte de curar sin medicamentos ni operaciones; pero en esto he tenido que seguir más bien a los grandes inventores y fundadores del sistema, Priessnitz, Schroth, Rausse, Teodoro Hahn, que a los representantes modernos. Por el excesivo celo que tienen de individualizar, corren estos últimos el riesgo de caer en sutilezas y de apartarse de las vías claras y sencillas de la naturaleza. Al antiguo método naturalista de curar le faltaba el conocimiento profundo del carácter y de la disposición particular de la materia morbosa y el reconocimiento de la ley natural en virtud de la cual circula en el cuerpo dicha materia depositándose en determinadas partes: en otros términos, le faltaba el conocimiento de la verdadera naturaleza de la enfermedad y por consiguiente de todas las enfermedades; el conocimiento de aquella ley física que siempre ha existido, pero desconocida hasta aquí, sobre la cual únicamente se basan mis descubrimientos. Además, el método naturalista se sirve todavía del diagnóstico de la medicina escolar, aunque ya es bastante conocido que no tiene necesidad de un diagnóstico tan "exacto"; así de esta manera aún tiene un pie en el antiguo campo de la preocupación. El nuevo arte de curar enseña por el contrario, un diagnóstico completamente diferente, que es una consecuencia de la naturaleza misma de la enfermedad y que se puede deducir exteriormente de las facciones y del cuello: es la ciencia de la expresión del rostro.

El método natural dispone de gran número de formas de aplicar el agua: envolturas, lavativas, duchas, chorros, semi-baños, baños enteros, de asiento, de vapor de distintas clases. Estos numerosos medios curativos son en parte superfluos y embarazosos, cuando se ha reconocido la verdadera naturaleza de la enfermedad. El nuevo arte de curar simplifica, en grado superlativo, la aplicación del agua.

En tanto que el método natural empleado hasta ahora, acomodaba, por lo menos con frecuencia, la dieta de manera indecisa y arbitraria con la alimentación mixta tradicional, el nuevo arte de curar ha prescrito una dieta no excitante, clara y exactamente determinada, que se basa en la ley de la naturaleza.

Ya lo veis; las diferencias con el método natural empleado hasta ahora, que repito una vez más, ha dado y todavía da excelentes resultados, son de tal modo grandes, que he tenido razón en dar a mi teoría y a mi práctica un nombre nuevo: el de nuevo arte de curar sin medicamentos ni operaciones.

No puedo describiros especialmente cada uno de los ensayos que he realizado antes de que mi sistema llegase a ser construido; esto sería ciertamente para muchos muy interesante, pero carecería de utilidad práctica. Hay, pues, una gran ventaja en ir directamente al fin propuesto, evitando los numerosos rodeos que ha sido preciso hacer antes de alcanzarlo.

Después de estas observaciones preliminares, pasemos al asunto mismo.

La cuestión fundamental que desde luego tengo que examinar y en la cual descansa todo el método curativo, es esta: "¿Qué cuerpo está sano y cuál no lo está?" Las opiniones corrientes son muy distintas, ¿quién no ha hecho ya la experiencia? Uno pretende estar completamente sano, pero tiene algunos dolores reumáticos; otro dice sufrir de neurosis y que por lo demás es la salud personificada, como si el cuerpo se compusiera de secciones separadas, completamente independientes unas de otras y apenas en relación mutua. Extraño es que esta opinión sea apoyada por el método acostumbrado de curación; puesto que este último opera con frecuencia solamente en órganos separados y, a veces, apenas tiene en consideración los órganos inmediatos. Y, sin embargo, es evidente que todo el cuerpo humano es un conjunto uniforme cuyas partes se hallan constantemente en relación recíproca, de manera que el malestar de una parte debe tener influencia sobre las otras partes. Que en realidad es así, podemos observarlo todos los días. Si tenéis dolores de muelas sois incapaces para cualquier trabajo y no tendréis ganas de comer ni de beber. Una astillita en el dedo pequeño produce un efecto semejante; una opresión en la región estomacal nos quita las ganas de entregarnos al trabajo corporal o intelectual. Al principio sólo es la influencia inmediata de los nervios; pero ya vemos que una perturbación lleva consigo la otra. Si la perturbación dura mucho, las consecuencias son duraderas, sean o no sensibles. Por esta razón, un cuerpo puede estar solamente sano en tanto que todas sus partes se hallan en estado normal haciendo sin dolor, sin opresión y sin esfuerzo el trabajo a que están destinadas; pero estas partes han de tener también la forma que, siendo práctica, responda mejor a nuestro concepto de lo bello. Si la forma exterior no es normal, prueba la existencia de influencias que la han alterado. Mas se necesitan observaciones múltiples para determinar las formas normales en todos los casos, aun en los detalles; hay que buscar sobre todo personas verdaderamente sanas, en las cuales se puedan estudiar aquellas formas de normalidad. Esto, precisamente, es lo que ha llegado a ser casi imposible. Aunque hablamos de personas sanas y fuertes, aunque muchos pretenden pertenecer a ellas, preguntémosles, sin embargo, con precisión, y entonces veremos que cada uno tiene que mencionar, como él se expresa, una pequeñez, un dolorcillo insignificante, dolores de cabeza que algunas veces se presentan, dolores de muelas que molestan de cuando en cuando, u otros síntomas semejantes que prueban que no se puede hablar de salud perfecta. Por esta razón se requieren estudios muy variados para llegar a conocer la forma conveniente del cuerpo. No obstante, a esto se llega comparando los enfermos y las personas casi sanas, y aún veréis más claramente en la continuación de mis explicaciones por qué medio es posible.

Si antes mencioné, en pocas palabras, el hecho de que la enfermedad altera las formas del cuerpo, voy a exponer aún algunos fenómenos muy conocidos. En primer lugar, os recordaré las personas que padecen de exagerada gordura, cuyo cuerpo adquiere las bastante conocidas dimensiones, en contraste con las personas flacas en cuyo cuerpo casi no se deposita la grasa, ambos son, sin duda alguna, fenómenos morbosos. Además, os recordaré también la caída de los dientes, que altera completamente la expresión del rostro; los diferentes grados de gota en que se forman nudos; los reumatismos articulares, en los que se hinchan partes enteras del cuerpo. En todos estos casos las alteraciones son tan evidentes que el hombre menos ejercitado las reconoce en el acto. En otras afecciones morbosas aparecen con menos claridad ante la vista y, sin embargo, voy a recordaros ciertas experiencias. Se conoce generalmente que un hombre sano tiene la vista clara y tranquila y que sus facciones no necesitan estar contraídas. Os será difícil solamente determinar el límite en que el rostro ha adquirido la expresión conveniente y, sin duda, confesaréis sin vacilar que el uno tiene la vista para esto más penetrante que el otro. Así, por ejemplo, con frecuencia nos encontramos ante una persona que hemos visto hace muchos años y que después de este tiempo, como es costumbre decir, ha cambiado mucho en desventaja suya, sin que haya sido posible hasta la fecha el poder determinar exactamente la naturaleza de estas alteraciones. Y, sin embargo, estas transformaciones que desfiguran y afean el cuerpo, tienen una profunda importancia, sobre la cual volveré más tarde. Resulta de todo esto que las enfermedades se revelan por transformaciones del cuerpo, sobre todo de la cabeza y del cuello, y que es una tarea importantísima el conocer e interpretar estar alteraciones.

Que todo el mundo llegue a esta interpretación, es cosa que yo no afirmaré, porque. para ello se requiere gran perseverancia y ejercicio infatigable para hacer las observaciones.

Todavía voy a llamar vuestra atención sobre otra piedra de toque para la salud.

Si en cada enfermedad particular toma siempre parte el cuerpo entero, podremos comprobar también en cada órgano el estado de salud, escogiendo naturalmente aquellos cuyas facciones puedan examinarse mejor: estos órganos son los de la digestión. Una buena digestión es prueba de buena salud, y si se verifica todos los días sin perturbación, indudablemente el cuerpo se halla bueno por completo. En los animales es donde podemos hacer estas observaciones con mucha claridad. Muy bien vemos por los excrementos cómo ha sido la digestión; puesto que éstos deben expulsarse en tal forma que no ensucien el cuerpo. Es lo que podéis observar diariamente en los caballos y los pájaros que viven en libertad. Me excusaréis si os doy aquí más amplias explicaciones acerca de esta delicada materia; pero hay que llamar cada cosa por su nombre cuando se habla de salud y de enfermedad.

El final del recto (canal digestivo) tiene un mecanismo perfectamente dispuesto, para que los excrementos que lleguen en condiciones adecuadas puedan expulsarse sin dificultad alguna, siendo imposible el desaseo del cuerpo.

El papel de los retretes es una invención de la humanidad doliente, porque las personas perfectamente sanas realmente no lo necesitan. Que no se vaya por esto a comprenderme mal; no quiero decir, en modo alguno, que quien no está, en efecto, sano deba creer que ha conseguido un triunfo con no hacer uso del papelillo producto de la cultura, pues justamente este papel le está destinado por las conveniencias del aseo. Por lo demás, cada uno puede ver por su digestión si está o no sano; esta piedra de toque es por extremo importante, y no temo decirlo de la manera más positiva, a pesar de las observaciones burlonas de los incrédulos.

Podemos considerar como muy dichoso aquel a quien la mencionada piedra de toque le revela que se encuentra completamente sano. El hombre sano se halla siempre a su gusto, no sabe lo que es un dolor o un malestar, en tanto que éstos no le sean proporcionados por lo que le rodea; en realidad, jamás siente su cuerpo. Gusta del trabajo y se regocija con su actividad hasta que se siente fatigado, y entonces puede gozar de todos los encantos de un dulce reposo. Le es fácil soportar el dolor moral contra el que su cuerpo suministra un bálsamo suave en las lágrimas; que un hombre no ha de tener vergüenza en verterlas en tales casos. El hombre sano no conoce las angustiosas inquietudes por el cuidado de su familia, porque siente en sí mismo la fuerza de proveer a las necesidades de los suyos.

Una madre sana cuida a sus hijos con deleite, porque puede alimentarlos ya desde muy pequeños conforme a la naturaleza, y ¡ qué vida tan deliciosa cuando sus idolatrados pequeñuelos se encuentran perfectamente sanos! En el rostro de los niños sanos irradia casi siempre una feliz sonrisa; no se ve en ellos la inquietud continua, los llantos y los constantes gritos; en una palabra, la educación de los niños sanos es un placer, tanto mayor cuanto la influencia pedagógica es mucho más fácil y duradera en estos niños.

Recapitulemos todo lo que precede: deseos ardientes me condujeron a las ciencias naturales, grave enfermedad y tristes desengaños con la medicina escolástica me llevaron al método natural de curar; pero la convicción de que este último, en forma existente, tampoco podía hacer desaparecer mis fuertes dolencias crónicas, me impulsó a investigaciones más vastas; la observación constante de la naturaleza viva me reveló la alteración inevitable de la forma exterior de cada órgano por la enfermedad; la manera como se verifica esta alteración y como desaparece sanando la enfermedad, me ha dado a conocer lo que es la enfermedad y cómo se engendra.

El tema de mi próxima conferencia será el exponeros los resultados de mis investigaciones, diciéndoos, como yo lo entiendo, qué cosa es enfermedad, según su naturaleza, cómo se engendra, cuál es su fin y cómo hay que curarla.

-- ABOVE DONE --

[15-35]

¿Cómo se engendran las enfermedades?
¿Qué es fiebre?

2345

Señoras y señores:
¿Qué cosa es enfermedad? ¿Cómo se engendra? ¿Cómo se manifiesta?

Tales son las preguntas que voy a explicaros hoy. Si leéis en el programa esta otra pregunta: ¿Qué es fiebre?, pronto veréis que ella se ha de resolver al mismo tiempo que las otras.

La contestación a las preguntas anteriores no sólo es importante en teoría, sino también y muy especialmente en la práctica; puesto que sólo el claro conocimiento de la naturaleza de la enfermedad nos pone en estado de encontrar el método curativo seguro y conveniente y excluye con ello todos los ensayos y los tanteos a obscuras.

El camino que nosotros seguimos es el mismo que sirve para conocer las leyes de la naturaleza: Tomamos como punto de partida nuestras observaciones, deducimos consecuencias y probamos, en fin, por experimentos, la exactitud de nuestras conclusiones.
Nuestras observaciones deben extenderse primeramente a todos los síntomas que percibimos en los enfermos, tratando después de encontrar los que siempre se vuelven a presentar y reaparecen en cada enfermo.

Estos síntomas son esenciales y debemos apoyarnos en ellos para reconocer la naturaleza de la enfermedad.

Ya expuse en mi precedente conferencia que observamos en ciertas enfermedades notables alteraciones de la forma del cuerpo, y precisamente esta observación es la que me ha impulsado a seguir investigando si no se presenta la misma alteración en todos los enfermos. Este es, en efecto, el caso, como las observaciones lo han demostrado y siguen siempre demostrando; muy especialmente el rostro y el cuello son los que se alteran, y en ellos se observan estas alteraciones del modo más claro.

Durante muchos años he hecho estudios para ver si mis observaciones individuales eran exactas en todos los casos y si el estado de salud se modificaba en cada caso al mismo tiempo que la forma exterior y, en efecto, así era invariablemente.

Por esto se afirmó en mí la convicción de que cada cuerpo debe tener una forma normal característica que se presentará siempre en el estado de salud perfecta, que cualquiera separación de esta forma normal se debe a la enfermedad y que las alteraciones en la forma del cuello y del rostro dan una imagen segura del estado de salud del cuerpo; lo que me condujo al descubrimiento y a la aplicación de mi nuevo diagnóstico, la ciencia de la

expresión del rostro, de que me sirvo, desde hace más de once años, en mi extensa práctica.

Las alteraciones que advertimos en el rostro y en el cuello ocurren en mayor escala en las partes correspondientes del bajo vientre y del tronco, porque ellas, según veremos más tarde, proceden del bajo vientre mismo, de manera que el solo examen del cuello y de la cabeza del enfermo nos da una exacta imagen del estado de las funciones de su cuerpo. Estas alteraciones exteriores del cuello y de la cabeza se reconocen unas veces en el aumento de volumen cuando las substancias morbosas han penetrado entre los tejidos musculares dilatándose el cuerpo, que es elástico como la goma, a consecuencia de esta interposición: este estado es el menos peligroso; y otras veces en el aumento de tensión, esto es, en un endurecimiento de los diferentes tejidos. Para representaros de la manera más fácil este estado, no hay más que imaginarse una salchicha: llena como generalmente se acostumbra, es flexible en todas direcciones; pero si se repleta llegando al límite de resistencia del embutido, llega a ser de tal modo dura y rígida, que no hay manera de doblarla sin que se reviente. De igual modo, la distensión del cuerpo no puede hacerse sino hasta cierto límite, siendo la consecuencia más inmediata la tensión de los tejidos. Las tensiones se ven perfectamente cuando el enfermo vuelve la cabeza y el cuello. Tal estado es ya más peligroso. Si ya no hay más espacio entre los tejidos para el depósito de substancias extrañas, éste se practica en forma de nudos al lado de los tejidos musculares, bajo la piel, y entonces se ven perfectamente en el cuello. Si hallamos nudos semejantes en el cuello y en la cabeza, no nos equivocaremos nunca al deducir que todavía hay muchos más en las partes correspondientes del tronco. En tales casos se presentan estos nudos de todos tamaños al tacto y a la vista muy fácilmente en las paredes abdominales. En efecto, los nudos del cuello no se producen hasta después de formados y depositados los nudos del bajo vientre. (En la segunda parte, capítulo de lás afecciones pulmonares, se hallará la explicaciones exacta de la naturaleza y el origen de los nudos que se hallan en el cuerpo, fenómeno que antes nadie pudo explicar.) En los enfermos bastante flacos, vemos, por el contrario, que los tejidos normales del cuerpo han sido expulsados enteramente por las substancias morbosas, y que los restos de estos tejidos permanecen como desecados entre las substancias extrañas.

Las diferentes colaboraciones anormales de la piel forman también seguro medio para reconocer las enfermedades, y este indicio nunca deja de presentarse en ciertas enfermedades.

Las dos figuras adjuntas, tomadas del natural, os presentan un enfermo atacado a la vez de una afección del corazón y de hidropesía; una de ellas, antes del tratamiento del enfermo en mi casa, y la otra cuatro meses después de comenzada la cura. Veis claramente las grandes alteraciones en las formas que se verificaron en esta persona durante dicho tiempo. Como veis estaba el enfermo cargado fuertemente de substancias extrañas y en tres meses de mi tratamiento ha podido desembarazarse de gran parte de estas substancias por los órganos naturales de secreción, según muestra distintamente la segunda figura. No puedo entrar aquí en detalles minuciosos de la ciencia de la expresión

del rostro, porque me llevaría demasiado lejos de mi objeto. (Para el estudio de la ciencia de la expresión del rostro he organizado cursos de enseñanza que no duran mucho y que se dan, cuando menos, una vez por mes.)

Pero, ¿qué es lo que nos enseña, acerca de la naturaleza de la enfermedad, el fenómeno de las alteraciones de la forma del cuerpo? Desde luego, es indudable que aquellas elevaciones e hinchazones provienen de algunas substancias que se depositan en las partes de que se trata. Por de pronto, no sabemos si estas substancias son de naturaleza que el cuerpo pudiera aprovechar y que se han depositado en lugar indebido, o bien si son substancias que de ningún modo debieran hallarse en el cuerpo. Tampoco sabemos al principio, si estas substancias ocasionan la enfermedad o son causa del depósito. Pero continuando la observación nos acercaremos más a la verdad. Los depósitos casi siempre comienzan en una parte del cuerpo, y siempre son en ella más fuertes que en la parte opuesta; y esta es siempre el lado en el que solemos dormir.

De aquí se deduce que las substancias obedecen a la ley de gravedad. Pero como el lado que decíamos también es siempre el más enfermo, se deduce al mismo tiempo que las substancias extrañas son las que producen la enfermedad; de otro modo ésta comenzaría algunas veces también en el lado opuesto. Más adelante se hallarán otras pruebas para esta afirmación.

Podemos deducir además que estas substancias han de ser extrañas; es decir, que no deben hallarse en el cuerpo, por lo menos en su forma presente; porque las substancias nutritivas no obedecen a la acción de la gravedad en el cuerpo: si esto fuera así, habría siempre depósito de ellas en el cuerpo sano, tan pronto como la persona tuviera la costumbre de dormir echándose del mismo lado.

Por otra parte, el cuerpo tiende evidentemente a expulsar las referidas substancias, bien sea por úlceras o llagas abiertas o por sudores profusos y erupciones. Si esto se logra y la eliminación es suficiente, pronto substituye al sentimiento de la dolencia la sensación del bienestar.

Así llegamos a la natural explicación del principio de que la enfermedad consiste en la presencia de materias extrañas en el cuerpo. Hay una prueba infalible de la certeza de nuestra explicación. En efecto, si la enfermedad desaparece y al mismo tiempo el cuerpo recupera su forma normal tan pronto como las substancias que llamamos morbosas desaparecen del cuerpo, es evidente el principio establecido.

Esta prueba ya la tenemos a la vista, y habré de presentaros en mis próximas conferencias los diferentes experimentos verificados.

Pero examinemos ahora la cuestión, de qué clase son aquellas substancias y cómo llegan a encontrarse en el cuerpo.

Hay dos diferentes vías por las que pueden introducirse en el cuerpo: por la nariz en los pulmones, o por la boca en el estómago. Si ciertamente hay en estas vías guardianes, no son éstos del todo insobornables y, a veces, dejan pasar substancias que no deberían entrar en el cuerpo. Los guardianes son la nariz para el aire y la lengua para el alimento.

Tan pronto como empezamos a no obedecer puntualmente a los sentidos del olfato y del gusto, cumplen éstos con menor celo su deber, y dejan pasar, poco a poco, las substancias perjudiciales sin oponerles su veto. Ya sabéis que se puede uno acostumbrar a permanecer en medio del humo de tabaco más espeso, respirándole como si fuera aire puro. La lengua también se vicia, hasta el punto de que, como es sabido, puede acostumbrársele a tomar alimentos enteramente contrarios a lo natural. No hay para qué recordar los varios manjares que ahora nos parecen indispensables, pero que eran desconocidos en siglos precedentes, y a los cuales la generación actual se ha acostumbrado de tal suerte que antes que renunciar a ellos prefiere dejar los alimentos más naturales. El alimento de los pulmones al fin no está tan desnaturalizado como el del estómago, porque con el primero no podemos tener lujos y aun hoy preferimos generalmente el aire puro, mientras que, por ejemplo, la fortificante sopa de harina, que daba a nuestros antepasados fuerza y vigor, ya sólo es del gusto de pequeño número de personas.

Para mostraros claramente cómo los órganos de la digestión sucumben, sin sentirlo, a las exigencias contra la naturaleza que se les imponen, voy a darles un ejemplo. El caballo de tiro, que arrastra fácilmente 50 quintales, podrá también arrastrar pasajeramente carga mayor, 80, quintales, por ejemplo; pero, si después de haber visto que puede arrastrar esos 80 quintales, se le obliga a ese tiro constante lo sufrirá sin duda por algún tiempo, mas a costa de consecuencias desastrosas. El caballo tendrá cada vez mayor trabajo en arrastrar la carga, hasta que al fin no pueda con los acostumbrados 50 quintales. Todo el mundo sabe entonces que el animal está rendido, lo que también puede verse exteriormente en el esparabán de sus piernas y en otros síntomas. Así sucede con los órganos llamados de la digestión en el hombre. Excitados constantemente por los estimulantes de nuestro tiempo, sufren por largo espacio, aunque sea por muy largo espacio, el trabajo que excede de sus funciones naturales; pero su fuerza propia, poco a poco, se mina y ya no hacen más que una parte de lo que se les pide. La transmisión del estado sano al estado enfermo se efectúa tan insensiblemente (a veces en algunas décenas de años) que el enfermo premanece por mucho tiempo sin advertir las alteraciones.

Es muy difícil determinar la cantidad de alimento que puede soportar un estómago enfermo. Tomemos, por ejemplo, una manzana, que es un alimento completamente sano para un enfermo. A veces una manzana sola sienta bien a un enfermo débil, mientras que dos manzanas pueden hacerle daño.

El estómago débil aun podía digerir una manzana, mientras que dos eran ya demasiado. Y es que todo exceso es un veneno para el cuerpo. No debemos olvidar nunca que todo lo que entra en el estómago tiene que ser digerido

también en él; aun el estómago más sano no puede digerir verdaderamente sino una determinada cantidad de alimento. Todo lo excesivo es también un veneno y se convierte en substancia extraña en el cuerpo, si no se verifica la alimentación; por consiguiente, la mayor templanza en el comer y el beber son la base de una salud duradera.

En fin, ¿qué sucede, pues, con estas substancias extrañas? Las llamo extrañas, porque por de pronto no pertenecen al cuerpo. El cuerpo trata de desembarazarse de ellas por las vías destinadas al objeto. Las substancias extrañas pasan directamente de los pulmones al aire por la espiración. El intestino expulsa al exterior aquellas que se encuentran en el estómago, y las que han pasado a la sangre se eliminan por el sudor, la orina, la espiración; esto es, por la piel, por los riñones y por los pulmones.

Así es como el cuerpo está siempre dispuesto a reparar las consecuencias de nuestras faltas; pero no hay que pedir demasiado. Si exigimos a nuestro cuerpo un gran trabajo de eliminación, ya no podrá cumplirlo del todo y entonces se verá obligado a alojar en sí mismo las substancias extrañas. Lejos de servir para el desarrollo del cuerpo no hacen más que perjudicarle, puesto que dificultan la circulación de la sangre y con ello la nutrición. Las substancias se depositan, poco a poco, en determinados lugares, sobre todo en las proximidades de los órganos secretorios, hacia los cuales se dirigen.

Luego de comenzado esto, el depósito hace rápidos progresos, si no se cambia pronto de vida.
Entonces se presentan las primeras alteraciones de las formas, que aun sólo son visibles para ojos expertos. El cuerpo ya está enfermo; pero su enfermedad es sin dolor, crónica o latente. Se desarrolla tan despacio que no lo advierte el enfermo y sólo al cabo de algún tiempo se sienten alteraciones desagradables. Ya no hay apetito, no se puede trabajar lo mismo que antes, el ánimo se perturba, o bien se ofrecen otros síntomas semejantes. Todavía es soportable tal estado, por tanto tiempo como funcionen bien los órganos secretorios, en tanto que los intestinos, los riñones y los pulmones mantengan su actividad y mientras que la piel transpire lo bastante; pero, tan pronto como se debilitan estas funciones se presenta gran malestar en el estado del cuerpo.

Así el depósito comienza en las proximidades de los órganos secretorios, pero continúa en seguida por las partes más lejanas, sobre todo hacia las superiores del cuerpo. En el cuello es donde mejor se observa esto; en esta parte, en el lugar donde arranca el cuello, es donde se ven muy pronto las alteraciones y, por este motivo, se presentan en el movimiento semigiratorio del cuello tensiones que dan a conocer por qué parte han subido las substancias extrañas.

Pero antes de hablar más de las consecuencias de la acumulación de estas substancias, observaré que hoy es muy raro poder seguir el desarrollo de la enfermedad desde el principio, porque la mayor parte de los hombres nacen cargados de substancias morbosas, y yo puedo añadir aquí que esta es la razón

por qué casi ningún niño deja de pasar por las enfermedades llamadas de la infancia, que son empero una especie de proceso de purificación, puesto que el cuerpo se esfuerza en liberarse así de las substancias extrañas que contiene. Sobre este punto daré detalles en mi próxima conferencia.
Las substancias que principalmente se depositan en el bajo vientre, invaden finalmente el cuerpo entero e impiden el desarrollo regular de los órganos.

Aunque los órganos se ayudan, en parte, aumentando su volumen, no pueden desarrollarse con ello en toda su perfección, puesto que las substancias extrañas siempre usurpan el lugar de las substancias nutritivas. Tan pronto como se impide la circulación de la sangre, la nutrición sufre completamente y los órganos se encogen entonces, a pesar, o mejor dicho, a causa de las substancias extrañas allí depositadas.

Estas substancias pueden permanecer por largo tiempo en quietud (en estado crónico o latente), pero bajo la influencia de circunstancias convenientes puede en esto producirse un cambio repentino. Casi siempre son substancias solubles que no pueden transformarse, que se descomponen o corrompen en circunstancias favorables y que se ponen en fermentación. El lector ha de tomar aquí y en lo sucesivo la palabra "fermentación" en sentido más amplio que lo ordinario. La significación de la palabra será con frecuencia la acostumbrada, pero a veces será más amplia.

Hubiera querido servirme de una palabra más expresiva, pero no la he hallado en el idioma.

Mas, verdaderamente, es fermentación lo que se reproduce muchas veces en el cuerpo, siendo de importancia muy especial para todo el organismo humano.

En toda fermentación pululan pequeños organismos vegetales, o mejor dicho las mismas substancias en fermentación, que sufren transformaciones notables y ganan mucho en volumen.

Toda fermentación produce calor; cuando más violenta más alta es la elevación de temperatura. Este calor se produce por el frotamiento de las masas entre sí y contra el cuerpo, así como por el proceso mismo de la fermentación y por las alteraciones y transformaciones que este acto hace sufrir a las substancias en fermentación.

En cualquier proceso de fermentación puede efectuarse, bajo condiciones favorables, un acto de retrogradación, y por consiguiente también en todas las transformaciones ocasionadas por semejantes fermentaciones. Este es un hecho que ha existido ya siempre, pero que hasta hoy no ha sido reconocido lo suficientemente. Así, séame permitido recordaros cómo en la naturaleza el hielo se deslíe en agua, cómo el agua se transforma en vapor por el calor y por el viento, y cómo después el agua evaporada e invisible se condensa de nuevo, se hace visible en forma de nube, vuelve a ser agua en forma de lluvia, de nieve o

de granizo y vuelve a llenar los lagos y los ríos para volver a convertirse por el frío de nuevo en hielo. Y todos estos fenómenos se produjeron solamente por las diferencias de la temperatura. El calor progresivo produjo la descomposición del agua, mientras que el frío progresivo causó la retrogradación del proceso. Hechos análogos suceden durante el desarrollo de las substancias extrañas en el cuerpo y semejantes condiciones ocasionan la retrogradación y expulsión del cuerpo.

No nos importa el saber de qué clase son esos pequeños organismos vegetales, pero es de mucha importancia saber que no pueden desarrollarse más que en un terreno adecuado, donde se encuentran substancias dispuestas a entrar en putrefacción.

Si se hallan estas substancias presentes, ya no hay necesidad sino del tiempo conveniente o de un impulso cualquiera para que la fermentación comience. Se presenta también esta fermentación en el cuerpo del hombre tan pronto como se halla el terreno conveniente para ello, luego que hay suficientes substancias extrañas que amenazan transformarse o descomponerse, y así que se produce el impulso externo indispensable. Una de estas causas ocasionales es el cambio de tiempo (del que resultan los resfriados), luego un alimento de fácil fermentación que permanece más tiempo de lo que debe en el canal digestivo, después el disgusto, el susto, las grandes emociones, un golpe, etc.

Mis observaciones me han demostrado que la fermentación comienza siempre en el bajo vientre. Con frecuencia produce la diarrea y cesa con ella. Muchas veces, sobre todo cuando hay constipación, no logra el cuerpo salir tan pronto del paso, y la fermentación invade todas las partes en que se han depositado substancias extrañas.

Lo mismo sucede en la botella de la página anterior, en la cual no teniendo salida el fondo, la fermentación bus ca salida por lo alto. Entonces, sentimos primero los síntomas en las partes superiores, presentándose los dolores de cabeza.

La fermentación produce calor y pronto sentimos una elevación de temperatura en el interior. Este es el estado conocido con el nombre de fiebre.

Esta explicación sencillísima de la fiebre tiene la ventaja de apoyarse en observaciones rigurosas y en testimonios irrefutables.

La fiebre es un fermento que se produce en el cuerpo. Comprendemos, pues, de la mejor manera la fiebre, formándonos una acertada idea del acto de la fermentación, tal como podemos observarlo frecuentemente fuera del cuerpo humano. Por ejemplo: si se deja reposar por algunos días una botella de cerveza recién fabricada, se observa en el líquido una alteración que se designa con el nombre de fermentación. En cuanto a la naturaleza de ésta, sabemos que es una descomposición, una transformación o especie de putrefacción, en la cual se desarrollan pequeños organismos vegetales llamados bacilos. Pero hay que

representarse este desarrollo en tanto que los bacilos no se desenvuelven únicamente por venir de fuera a la masa en fermentación, como se admite con frecuencia, y en tanto también que los bacilos se engendran por la transformación de la masa, siendo ellos mismos simplemente la masa transformada o el producto de la fermentación. El acto de la fermentación o de la descomposición altera la forma primitiva de la masa. Así es como el cuerpo vivo del animal se produce por los alimentos y las bebidas transformados por el acto fermentativo de la digestión. Así también llegamos naturalmente a la convicción de que toda vida no es más que una transformación continua en condiciones determinadas, de que no se puede formar idea sin el estado que yo llamo fermentación. Los síntomas de ésta son los siguientes: Las substancias en fermentación que se separan del líquido se depositan en el fondo de la botella. Si se agita esta última o si hay en ella un cambio de temperatura, las substancias depositadas en el fondo se ponen en movimiento y muestran su tendencia a dilatarse. Esta dilatación se hace hacia arriba y es tanto más fuerte cuanto más substancias en fermento haya en el fondo de la botella.

Busquemos un ejemplo en la vida común. Todos saben que la cerveza y el vino se embotellan y se ponen en la bodega para producir una fermentación tan lenta como sea posible. La temperatura de la bodega casi es uniforme en invierno y verano, jamás cambia con rapidez, y por esto no se dan en ella ocasiones para fermentaciones repentinas.

La misma observación hacemos comparando los trópicos con nuestras zonas templadas. Vemos que las diversas formas de fiebres agudas reinan continuamente en el Sur y en los trópicos, mientras que nuestras regiones más frescas son residencia de todas las enfermedades crónicas. Este fenómeno se explica por los cambios de temperatura, que son más rápidos y grandes en los climas cálidos, donde se dan a veces 38° de calor durante el día y 5° de frío durante la noche, mientras que las diferencias pocas veces son entre nosotros de más de 12°. Las fiebres se presentan en nuestro clima generalmente por la primavera, puesto que entonces es cuando hay mayores diferencias de temperatura. De igual manera, exactamente, se explica por qué los niños contraen con mayor facilidad las enfermedades agudas (crisis de expulsión), conocidas con el nombre de enfermedades de los niños, mientras que dominan en edad más avanzada los estados crónicos. Aun hay que añadir aquí al cambio de temperatura la fuerza vital, que es mayor en los organismos jóvenes, y que apenas necesita de impulsión externa para producir una tendencia curativa, es decir, una enfermedad aguda destinada a expulsar las substancias extrañas.

Podemos observar en el cuerpo los mismos fenómenos que en la botella. Las substancias en fermentación también se depositan en lo bajo del tronco y de este punto se ponen en movimiento por un cambio de temperatura, sacudidas externas o emociones. El movimiento se dirige de igual modo hacia arriba, las substancias en fermento tienden a dilatarse y se oprimen contra la piel que contiene al cuerpo. En tanto que la piel es impenetrable, la presión encuentra resistencia. Esto produce un frotamiento que desarrolla calor. Tal es la explicación del extremo calor tan conocido de la calentura. Así es como se

explica que el hombre que tiene fiebre tiene también más volumen que cuando carece de ella. Hallándose dilatada la piel, cede a las substancias en fermentación y cuanto más fuerte es la presión, mayor es la tensión de la piel. Cuando ésta llega a su tensión más grande y cuando ya no puede ceder, el calor y el peligro de la fiebre llegan a su más alto grado. En efecto, teniendo siempre tendencia a dilatarse las masas en fermentación y no hallando espacio al exterior, buscan lugar por el interior. El cuerpo se abrasa por dentro y la consecuencia inevitable es la muerte (si la piel permanece impermeable). Pero, tan pronto como se hace permeable, ya no hay peligro. Las substancias en fermentación tienen entonces salida y se desprenden del cuerpo con el sudor. El interior del cuerpo queda, por tal medio, descargado; la presión de la piel y el calor disminuyen inmediatamente.

No hay que decir que la comparación del cuerpo cargado de substancias fermentables, con la botella llena de substancias en fermentación no es exacta en todas sus partes. La fermentación de la botella es por entero libre, las masas pueden dilatarse libremente por todos lados sin ningún obstáculo, hasta que llegan a las paredes. En el cuerpo humano, por todas partes hallan obstáculos; cada uno de los órganos les opone resistencia y detiene su marcha. Entonces las substancias se oprimen y chocan, frotan el órgano que les sirve de obstáculo, producen calor en él y luego le destruyen, a menos que no hallen salida o derivativos. Según la parte que en especial afecten, estos síntomas morbosos se llaman enfermedades del estómago, de los pulmones, del hígado, del corazón, etc. Pero la parte afectada principalmente en cada caso particular, depende del camino tomado por las substancias en fermentación; y este camino depende a su vez del lugar y de la manera como se hace el depósito.

Más abajo expondré cómo se hace permeable la piel. Pero hay que hablar primeramente de otro fenómeno. Antes que el sentimiento del calor, observaremos siempre durante días, semanas y aun meses enteros una sensación al parecer completamente opuesta, es decir, de frío. Sin embargo, la explicación es muy sencilla. El frío se produce cuando el depósito de substancias es tan considerable que ya no puede llegar la sangre con facilidad hasta los extremos. La sangre se comprime entonces y más en las partes internas donde se produce gran calor.

Este depósito dura más o menos tiempo, hasta que las substancias acumuladas se ponen en fermentación por cualquiera de las causas mencionadas; es decir, por cambio de temperatura, sacudidas externas o fuerte emoción. El depósito de estas substancias causa perturbaciones en la circulación de la sangre y en la nutrición. Los vasos sanguíneos se obstruyen parcialmente, sobre todo, en sus ramificaciones más tenues, de manera que la sangre no puede ya circular hasta la capa exterior de la piel. De aquí proviene la frialdad en las extremidades y el frío en el cuerpo entero.

La sensación de frío, es, por tanto, precursora del calor de la fiebre, y sería grave falta no fijarse en esto. Si se aplica inmediatamente un tratamiento acertado, la enfermedad no se desarrollará por entero y se ahogará en su germen.

Hablando más arriba de la naturaleza de la fermentación he observado que en ella se desarrollan espontáneamente pequeños organismos vegetales llamados bacilos. Esto también es cierto en la fiebre, y constituye una solución muy sencilla de la controvertida cuestión de los bacilos. Luego que las substancias depositadas en el bajo vientre entran en fermentación, los bacilos se producen espontáneamente en el cuerpo. Los bacilos son el producto de la fermentación y desaparecen por sí solos tan pronto como cesa la fermentación y el cuerpo recobra la salud; es decir, tan pronto como retrocede el acto de la fermentación.

Por consiguiente, no puede pensarse una infección misteriosa por los bacilos sin que ya existan substancias extrañas en el cuerpo. No se trata, pues, de matar los bacilos, sino de alejar las causas de la fermentación, es decir, las substancias extrañas. Entonces desaparecen espontáneamente esos pequeños monstruos que tanto terror han inspirado a los espíritus débiles. Me extenderé más acerca del peligro del contagio en las páginas mas adelante.

Algunos ejemplos muy sencillos harán mis aserciones más palpables: Imaginad una habitación que no haya sido barrida ni limpiada en algunas semanas, aunque la suciedad se acumule constantemente en ella. Pronto aparecerán toda clase de insectos invadiéndolo todo e incomodando a los que se hallen en la habitación, los cuales se ocuparán activamente en exterminarlos. Si queremos destruir la plaga por medio del veneno, como se ha hecho en todo tiempo, sin duda mataríamos una gran cantidad, pero no conseguiríamos un éxito duradero, porque la suciedad es el verdadero productor y conservador de los parásitos que en ella prosperan. Otro resultado conseguiríamos si comenzáramos por limpiar perfectamente la habitación y continuando la limpieza todos los días quitáramos de una vez a los bichos su medio favorable; con lo cual nos libraríamos de ellos definitivamente.

Otro ejemplo: imaginaos la linde pantanosa de un bosque en verano. Todos saben cuán incómodos son los mosquitos en esos parajes. Es evidente que sería inútil querer destruirlos con veneno. Algunos millares se matarían, pero el pantano produciría sin cesar nuevos millones de mosquitos. Luego el pantano es el terreno de cultivo de estos martirizadores, y el único medio de hacerlos desaparecer es el hacer que desaparezca el pantano. Puede verse que apenas hay mosquitos en las alturas secas. Si se intenta llevar una gran cantidad de mosquitos a una altura seca para que allí permanezcan, pronto se verá a estos animalillos, con tanto trabajo llevados, dirigirse hacia sus pantanos, puesto que la altura seca no es en modo alguno su elemento. Sólo podrían aclimatarse los mosquitos en la altura seca llevando a ella el pantano.

Un tercer ejemplo nos explicará la cosa con mayor evidencia. Todos sabéis que en los trópicos, donde el ardor del sol produce un desarrollo del reino animal mucho más. variado que en las zonas templadas y glaciales, la naturaleza hace

prosperar justamente los carnívoros más numerosos y notables. Aunque se quisiera destruirlos, el lugar de los que se mataran sería ocupado en seguida por otros carnívoros. Ya veis que estos animales no se presentan más que en los países donde el intenso desarrollo de la vida causa una mortalidad mucho mayor, y donde la putrefacción se verifica con mayor rapidez. Si no existieran esos animales que se nutren de carne y de carroña, pronto se corrompería el aire por la putrefacción de los animales muertos y sería irrespirable para los vivos. Igualmente comprenderéis por qué los principales carnívoros .viven precisamente en los trópicos y no en las regiones glaciales, donde apenas puede subsistir el reino herbívoro.

No conseguiríamos, pues, destruir los carnívoros de los trópicos, sino destruyendo las condiciones de su existencia; esto es, la inmensa cantidad de animales que viven en esos países; y entonces los carnívoros desaparecerían por sí solos. Los demás medios serían inútiles. Pero, cuando más pequeños son los seres más difíciles es destruirlos directamente. Así sucede sobre todo con los bacilos. Para alejarlos no hay que destruirlos con medicamentos; nuestro objeto se conseguirá mejor excluyendo su causa; es decir, expulsando del cuerpo las substancias extrañas.

Os he manifestado con ejemplos de qué modo la naturaleza procede en gran escala: lo mismo procede en pequeña escala, porque sus leyes son uniformes. Tampoco tiene leyes excepcionales para los síntomas de las enfermedades. Lo mismo que los insectos, los mosquitos, los carnívoros y los animales que se alimentan de carroña sólo se hallan, viven y subsisten en las regiones donde encuentran terreno conveniente, y perecen sin este terreno, de igual modo es imposible la fiebre sin el depósito de substancias extrañas en el cuerpo: únicamente puede producirse el acto de fermentación, que llamamos fiebre, cuando hay en el cuerpo substancias extrañas.

Pero si sabemos lo que es la fiebre, se deduce que tenemos un medio fácil de curarla. La piel impermeable contra la cual se oprimen las masas en fermentación, debe primeramente hacerse permeable, esto se consigue haciendo sudar al cuerpo.

Desde el instante en que aparece el sudor, las substancias en fermentación hallan salida y disminuye la gran tensión así como el calor de la fiebre.

Pero el sudor no ha desterrado por esto la causa de la enfermedad. La fermentación no se extiende, en efecto, la mayor parte del tiempo, más que por una parte de las substancias depositadas en el cuerpo; las otras que aun no han entrado en movimiento y que aumentan por nuevos depósitos, constituyen un foco permanente de fiebre que sólo necesita una ocasión favorable para estallar de nuevo. Se trata, pues, de expulsar estas substancias que todavía están en el cuerpo. A este efecto, he introducido los baños derivativos, de fricción del tronco y de asiento, los cuales describiré más adelante. Estos baños excitan al cuerpo a que expulse, de manera natural, las substancias morbosas que se hallan en él.

Tan sólo después de esto quedan destruídas la enfermedad y su causa.

Recapitulemos lo que dejamos dicho para deducir de ello consecuencias importantes.

En todos los enfermos se presentan alteraciones de las formas naturales del cuerpo. Estas alteraciones se producen por substancias extrañas. La presencia de estas substancias extrañas en el cuerpo constituye la enfermedad. Estas, substancias extrañas son substancias que no puede emplear el cuerpo y que permanecen en él a consecuencia de una digestión insuficiente. Las substancias extrañas se depositan primeramente en las proximidades de los órganos secretorios; pero se propagan, poco a poco, sobre todo por la fermentación, en todo el cuerpo. En tanto que los órganos secretorios continúan la expulsión de una parte de las substancias extrañas, el estado del cuerpo es soportable; pero luego que afloja la actividad de aquellos órganos, aparecen bastante grandes perturbaciones. Sin embargo, . este depósito de substancias extrañas no es doloroso, porque es latente, crónico y se verifica por mucho tiempo sin hacerse sentir.

Los términos más convenientes para designar los fenómenos morbosos que de esto resultan, son las palabras: indoloros y latentes; en suma, son los mismos síntomas que ordinariamente se designan con el nombre de crónicos de larga duración.
Las substancias extrañas son putrescibles (descomponibles), y constituyen el terreno en que puede desarrollarse una fermentación (bacilos). La fermentación comienza en el bajo vientre, donde están depositadas la mayor parte de las substancias extrañas, pero continúa subiendo rápidamente por el cuerpo. El estado morboso se transforma, se producen dolores y luego fiebre. Designamos estos síntomas morbosos con los nombres de inflamatorios y dolorosos, que ordinariamente se llaman agudos.

De esta exposición deducimos la importante consecuencia siguiente: No hay más que una sola causa de enfermedad, no hay más que una enfermedad que se manifiesta por diferentes síntomas. Rigurosamente hablando, no podemos distinguir diferentes enfermedades, sino sólo diferentes síntomas morbosos. Observemos, de paso, que excluimos las heridas directas, porque no son enfermedades en el sentido arriba explicado. Me detendré más en el tratamiento de las heridas en la segunda parte.
La unidad de las enfermedades es, por tanto, lo que enseño y sostengo, apoyándome en las observaciones que os he comunicado.

Os he mostrado el camino que me ha llevado a este convencimiento, atrevido a juicio de muchas gentes, de que no hay verdaderamente más que una sola enfermedad.
Con ayuda de observaciones y de deducciones hemos establecido una aserción que es de importancia fundamental para el tratamiento completo de las enfermedades. Pero, ¿me hallo en condiciones de probar con hechos la exactitud de este aserto?

Hay en las ciencias naturales hoy una demostración que se prefiere a todas las demás y a la que se considera válida exclusivamente: la demostración experimental. En el caso presente no podía hacerse la experiencia más que tratando de modo uniforme las enfermedades más distintas y curándolas uniformemente con igual éxito.

No hay que decir que es imposible consultar y tratar toda clase de enfermedades en tan gran asamblea, determinando aquí, a vuestra vista, las alteraciones del cuerpo en su estado, en sus formas y en sus fuerzas, y exponiendo los informes acerca del progreso de su tratamiento. En los informes de los enfermos, al final de este libro, citando hechos daré pruebas de lo que anticipo, pruebas ciertas, de que todos pueden persuadirse, y que irán seguidas del estudio de las diferentes enfermedades, hasta donde lo consienta el espacio.

En adelante no tengo más que presentaros en mis próximas conferencias algunas de las formas morbosas más conocidas, más frecuentes y temidas, exponiéndoos claramente las causas detalladas, explicándoos el curso de la curación y dándoos, al mismo tiempo, tantos ejemplos como sea posible tomar de mi práctica, a fin de demostraros claramente, en cada caso particular, que toda enfermedad debe reducirse a una sola causa uniforme.

Las enfermedades de los niños constituirán el tema de mi próxima conferencia.